

había sacado un puñal del cinto de su forzador, y lo esgrimía en los aires con tal furia y tal certería, que obligó al conde á separarse de su lado y á dejarla en el momento mismo, en que más cerca se creía del apetecido logro de sus desordenados deseos.

—¡Ah de mis gentes!—gritó el conde, al ver lo inútil de sus esfuerzos, y la resistencia invencible opuesta por la entereza de Catalina en aquel momento supremo á su amor.

—Señor conde...—respondieron los domésticos, entrando en tropel todos al llamamiento, como apercebidos que se hallaban para cualquier mandato probable ó posible de su amo y señor.

—Llevaos esa fiera de aquí ahora mismo, y encerradla en el más hondo y más negro calabozo de esta fortaleza.

—Prefiero el sepulcro á este salón, señor conde. Con mayor motivo prefiero el calabozo, aunque allá en los más hondos senos de la tierra esté hundido, pues á la deshonra hasta preferiría el infierno.

—Llevadla pronto de aquí, pronto quitádmela de la vista,—y los criados se llevaron la sierva infeliz al calabozo más profundo, mientras el conde tomaba la yegua más li-

gera, y se volvía, desencajado el semblante, torba la vista, rasgadas las vestiduras, heridas las carnes, desgredado el cabello, maltrecho todo el cuerpo, á la estancia de su esposa un momento después de haber amanecido el día y rayado el alba.

¿Qué había sido de Santiago entre tanto? Los diez domésticos del conde le retuvieron á una con pena, mientras resonaron las herraduras de los caballos y el grito de los caballeros, que se llevaban la codiciada presa por la más vecina y más corta senda. Sus fuerzas eran de tal modo hercúleas y su empuje avasallador, que se necesitó aquel gran golpe de gentes y aquella súbita sorpresa para contenerlo y dominarlo, retenido por las armas mientras él estaba desarmado, y subyugado por el número mientras él era solo. Y asimismo pasáranlo mal varios de sus apresadores que salieron heridos del empuño y aun algo acogotados, pues de seguro sucumbieran todos, á no haberse rendido, como está en la ley natural, fuerzas individuales y desarmadas bajo fuerzas colectivas, numerosas, en armas. Cuando no había peligro de que pudiese alcanzar á los raptos, ni aunque llevara en sus plantas las resistentes alas del águila, dejáronle á su arbi-

brio; y montando en sus cabalgaduras, tornáronse al castillo de caza, donde se había el conde ido y llevádose á la infeliz Catalina. Quien topara en aquel momento supremo con Santiaguillo, creyéralo retrato vivo del furor guerrero. Sus ojos sanguinolentos despedían rayos de ira, sus manos crispadas se sacudían como si manejaran haces de fulminantes rayos, sus labios cárdenos vibraban horribles maldiciones, su pecho resollaba como la caldera de una máquina, y todas sus actitudes tenían tal violencia, que semejaba un Hércules asaltado por horrosa hidrofobia. Su naturaleza de caudillo y de guerrero, adormecida por el amor, se despertó en él en cuanto la ofensa llegó al extremo que acabamos de ver, y la venganza entró, como afecto único predominante, dentro de su agitado corazón. Rugiendo y volando se dirigió á casa de la hechicera Thebaida, la cual estaba en aquella hora extraña de la noche haciendo conjuros y evocando visiones en su alquímica chimenea, con fórmulas de misteriosa execración en los labios y en las manos mágica vara de conjuros.

—¿Quién va?—gritó.

—Santiago,—respondió éste.

—¡Oh! te aguardaba.

—¿Cómo?

—Sabía que iba el conde á desconocer tu honor, y que ibas tú á sublevarte contra el conde.

—¡Oh!

—Toda la comarca lo sabía.

—¡Y yo necio de mí!

—A la venganza,—gritó la furia.

—Sí, á la venganza,—dijo Santiago. Busca todas las fuerzas de rápida destrucción y exterminio que haya en la naturaleza. Suma todos los filtros de sueño eterno y eterna muerte. Arranca del infierno su fuego inextinguible, para hacer de la tierra otro nuevo infierno. Evoca todas esas aves carniceras del Universo invisible que se llaman exterminadores ángeles. Mira si puedes con tu fuerza mágica realizar un apocalipsis titánico, en el cual se arrollen los cielos como pergamino al fuego, y caigan las estrellas como pavesas por el viento, que yo no estaré satisfecho, si no veo la humanidad entera convertida en esqueleto yerto teniendo por sudario el espacio negro, y desierto, y vacío, tan desolado y triste, como este corazón hace poco lleno de amor y de esperanza.

—Sí, endriagos invisibles, fantasmas si-

niestros, duendes mágicos, brujas montadas en escobas, diablos de todas estirpes, genios sobrenaturales de todos los abismos de arriba y abajo, formarán á la virtud de mis sortilegios tu ejército.

—No,—dijo la voz de un recién llegado al antro, lo formarán los labriegos desesperados.

—¡Melchor!—gritó Santiago desplomándose con profunda pena en brazos del recién venido, que lo estrechó contra su corazón.

—Santiago,—dijo Melchor.

—¡Oh si te hubiera creído á tiempo!

—Como el agua moja, como el fuego quema, el feudalismo infama y oprime.

—Tienes razón.

—Ya ves cómo el tirano clava las garras en los corazones más tiernos y se chupa su más preciosa sangre. Ya ves cómo destruye los hogares, desorganiza las familias, rompe los matrimonios, mancha la mujer más honrada, y desconoce los sentimientos más rudimentarios del honor.

—No queda otro recurso que la guerra implacable y á muerte.

—No queda otro recurso, ni tuviste ninguno más antes.

—Vamos al combate.

—Sí, vamos.

—Pero, ¿con quién?

—Santiago, con toda la comarca.

—¿De veras?

—No lo dudes.

—Pues verás en mí el genio de la destrucción.

—Ya lo creo.

—Verás que suscito con una mirada un horroroso incendio, que destruyo con mi aliento convertido en huracán las mansiones soberbias y aisladas de nuestros feroces tiranos.

—Así te quiero yo. No temas estar solo, no lo temas. El suelo producirá más combatientes feroces y vengativos, que espigas verdes y tiernas produce ahora la fecundidad de Mayo.

—Lo creo porque tú lo dices.

—Las virtudes múltiples de Catalina, conpuidas por el conde, generarán pronto nubes de cólera y venganza. No hay labriego alguno sin obligación para con ella.

—Es verdad.

—Sus manos tejían todas las vendas para todas las heridas.

—¡Oh!

—Su caridad sin límites socorría con amor

á los menesterosos, curaba con verdadero saber á los enfermos, aparecía do quier hubiese lágrimas que secar, sangre que contener, heridas que curar, bienes que hacer.

—Como que es la santidad en persona.

—No hay necesidad, no, de que llames á ninguna puerta, en cuanto sepan todos que te pones á su frente y que los reunes para libertar á tu Catalina de las garras del milano, todos te seguirán, te lo prometo en nombre de Dios,—añadió con grande solemnidad Melchor.

—Y yo en nombre del diablo,—dijo á su vez Thebaida.

—Pues vamos,—exclamó Santiago.

—Yo te sigo,—exclamó Melchor.

—Yo también,—añadió Thebaida.

—A mí, labriegos oprimidos, á mí,—gritó Santiago con la fuerza del trueno, saliendo del antro y llamando con furor á los cuatro puntos del horizonte.

—Verás,—dijo Melchor, cómo las piedras se animan á tu paso, y cómo hasta los cadáveres dejan sus sepulturas para coger el arcabuz y marchar á la guerra.

—A mí, siervos oprimidos, á mí,—gritaba Santiaguillo con todas las fuerzas de sus pulmones. Y diriase que por algún medio

sobrenatural se había comunicado á la comarca este grito, porque los campanarios de todas las aldeas circunvecinas tocaban á rebato y salían de todas partes, como abortados por el suelo aquél en ebullición los campesinos en armas.

—Al castillo,—decían estos armados de chuzos.

—¡Sus sus!—gritaban otros cargando sus largos arcabuces.

—Que se rompan las campanas antes de callar,—decían estos.

—Muramos por la libertad de nuestros hijos,—clamaban los otros.

—Que me devuelva el tirano la honra de mi hija ó que muera como un perro,—gritaba sollozando el tío Elías.

—Esto no se puede sufrir más,—exclamaba el padre de Santiago, dirigiéndose á su hijo y estrechándole con dolor entre sus brazos.

—A la guerra, á la guerra,—gritaban todos por todas partes.

—Sí, vamos á la guerra como nuestros hermanos.

—Y arderán los castillos.

—Y colgaremos de las horcas á quienes han ahorcado á nuestros padres.

—Viva Santiaguillo.

—A mí, á mí,—gritaba éste, conforme se le iban uniendo grupos y más grupos.

—A él, á él,—exclamaba Melchor, señalando la verdaderamente airada figura del posadero.

—Viva nuestro salvador,—gritaba este grupo, trayendo por bandera un pañuelo rojo.

—Abajo la corvea,—exclamaba otro grupo que no esgrimía otras armas sino sus hoces.

—Abajo el derecho de pernada,—gritaban otros con furia.

—Nada de prestaciones feudales,—voci-feraban estos con mayor furia todavía.

—Venganza, venganza,—decía Melchor con todos sus pulmones.

—¡Muerte al tirano!—exclamaba con verdadera furia Santiaguillo.

—Vida y honor á nuestro general Santiago,—exclamaban todos en sus entusiastas aclamaciones.

—Sí, el general de la plebe tendrá desde hoy á su servicio las furias del infierno.

—Vamos primero al horrible alto de caza para libertar á Catalina,—decía Santiago.

—Vamos,—añadían todos á una.

—En marcha,—gritaba Santiago.

—En marcha,—y parecían los grupos verdaderos ejércitos.

—Viva la libertad,—y tal clamor llegaba de súbito á los estruendos de horrible tormenta.

Las iras del cielo se mezclaron y confundieron con las iras del mundo en aquel horroroso amanecer. Vinieron las nubes de las cuatro partes del horizonte á bandadas, y formaron una especie de grande legión, tras la cual se ocultó la bóveda del aire y la claridad del día. Los relámpagos de la tormenta substituyeron á los resplandores de la mañana. El trueno mezcló los estruendos de sus estampidos con las voces de cólera lanzadas por los mortales de sus airados pechos. Torrencial lluvia, semejante á un diluvio, inundó los campos. Toda la comarca se anegaba, como acontece con frecuencia por las regiones del Norte, donde tales casos traen consigo, merced á la crecida natural de los arroyos y de los ríos en el tiempo de los deshielos, espantosas inundaciones, que transforman las tierras en lagunas. Tal tempestad inesperada no detuvo la marcha de aquellos legionarios, los cuales se habían dado instintivamente cita para el alto de caza, con ánimo de iniciar su insu-

rección por el rescate y libertad de la nueva Virginia, cuyos dolores condensarán sus odios y traerán las grandes empresas resultantes de una indignación universal.

Mucho aliento necesitaban, porque la lluvia se oponía con resistencia formidable á su caminar hacia adelante, cegándolos con sus trombas de agua y deshaciendo bajo las plantas el suelo arrastrado por las corrientes arremolinadas de golpe y de súbito. Sin embargo, impelidos por la fe, corrían aquellos cruzados de la libertad hacia adelante con Santiaguillo á su cabeza, y profiriendo la palabra «Catalina, Catalina» como si fuese una señal y un grito de guerra. Entonces se vió, cual nunca, la influencia que puede la virtud ejercer sobre los ánimos más varoniles y más fuertes. Se vió que todos recordaban á una las benéficas obras de la infeliz muchacha, quien, desde su pobre oscuridad, esparcía por todas partes las bondades ingénitas á su alma con la maravillosa virtud de una fecundísima caridad. Se vió, y pudiera casi contarse, los pobres á quienes había socorrido, los enfermos á quienes había curado, los hambrientos satisfechos con el pan de su casa, los afligidos que recibieran paz y consuelo de una palabra de bondad y de

un sentimiento de compasión, tan valiosos á veces como las más caritativas limosnas. Ella, la pobre, había hecho el bien por propio impulso y movimiento del alma, sin cuidarse para nada en su candor de la cosecha que podía brotar de aquella siembra, y lo recogía en este instante supremo, aunque mal de su grado, con las ardientes iras inspiradas por su desgracia y el cariñoso afecto á su persona, móviles en parte de la formidable insurrección que amenazaba en estos supremos instantes al castillo y á los terribles castellanos.

Pero ¡ah! la mártir, que había defendido la integridad de su honra con tal coraje, cayó rendida bajo el peso de su pena, en cuanto se vió sola dentro de aquel calabozo, verdadera sepultura, donde le faltaban la luz y el aire como les faltan á los muertos. La humedad le penetraba hasta el tuétano de los huesos y le hacía dar diente con diente en un temblor indescriptible y casi epiléptico. Las sombras espesas infundíanle á la infeliz terrores semejantes á la última terrible agonía de la vida. El ala de los murciélagos despertados por su presencia; el mirar fósforo de los buhos inmóviles entre las tinieblas; el cuerpo de las ratas que trope-

zaban á una con sus piés en aquel hondo abismo, arrancábanle gritos de terror que hubieran podido partir en mil pedazos las piedras. La sangre se congelaba en sus venas, la respiración se le suspendía en el pecho, así que tropezaba con cualquiera de aquellos seres agrandados por su fantasía desordenada y convertidos en verdaderos vestiglos, hijos del demonio y abortos del infierno. Así es que pedía la infeliz á voces la muerte, por no poder materialmente sufrir el terror espantoso, que le inspiraba el verse viva en aquel panteón de piedras gruesas compuesto, y que parecía cavado en lo vacío para madriguera de la muerte.

Y el dolor se acrecentaba, cuando veía las ilusiones y esperanzas acariciadas por su pecho, y las comparaba con la triste realidad. ¡Qué noche, Dios mío, qué noche de boda! El hombre, á quien había unido su vida, ido para siempre de su lado, cuando creía venida la hora de identificarse con él, y convertirse como en la mitad de su sér; por todo lecho de novios, la dura piedra; por todo recinto consagrado al amor, un calabozo; por toda nupcial lámpara, el mirar siniestro y fosforecente de un buho solitario; por corona, las alas del murciélago; y un frío

de muerte en vez de los estremecimientos y de los arrebatos del amor; tal era la situación de aquella pobre mujer, arrancada traidoramente á su felicidad merecidísima, por los caprichos de un señor sensual y grosero, sin más ley que su voluntad arbitraria, y sin ninguna conciencia. ¡Pobre muchacha! Nacida y criada en el campo, al aire puro, con la espontaneidad de los vegetales, con el gozo de las avejillas, con la libertad propia de quien tiene por palacio y templo el hogar común de los seres, la naturaleza, con el vívido calor de los mas tiernos afectos, hija adoptiva de todos los ancianos en la región, hermana de todos los jóvenes, providencia de todos los afligidos; y encerrada en aquel abismo de soledad y de pena, entre los animales inmundos, como un muerto que viera y tocara las tinieblas de su sepultura y los gusanos de su corrupción.

Cuando más horror le daba el calabozo, en que no había siquiera un lecho de paja, invade inopinadamente, por las junturas de todas aquellas piedras que componen la infernal estancia, y por los altos tragaluces que aumentan la oscuridad, una especie de torrente, cuyas aguas poco á poco inundan todo el recinto y amenazan ahogar á la po-

bre desgraciada joven. ¡Que horrible tal amenaza, Dios mío, cuando el dolor no ha concluido con ella, ni apagado el vislumbre natural de la esperanza ni concluido el invencible apego á la vida!

Así es, que indeliberado instinto de salvación la obliga con fuerza grande á defenderse y salvarse de aquel horrible peligro, el cual amenaza tragársela. Mas, ¿qué hacer? El agua sube por todas partes, y reemplaza el elemento respirable con irrespirable elemento. Los animales, amenazados de muerte por aquellos remolinos, como las ratas, se suben varios á las paredes y se pegan otros al cuerpo de la infeliz presa, quien se defiende con estremecimientos convulsivos y gritos horribles de aquel inesperado asalto, verdaderamente mortal. Pero así como el instinto de conservación la impulsaba fuertemente á ella en su desesperación á agarrarse á las paredes, impulsaba también á los animales amenazados á tomarla sin remedio por isla de refugio y lugar de salvamento. Imagináosla, pues, con las plantas hundidas en la sucia inundación, que iba subiendo ya más arriba de sus rodillas, y el resto de su cuerpo, asaltado por las ratas asustadas y enfurecidas, las cuales contestaban á sus movi-

mientos naturales de defensa con arañazos y bocados propios de la crueldad que tienen todos los seres, cuando combaten contra una muerte cierta por el don de los dones, por el don de su existencia. La pobre Catalina iba de aquí para allá, moviéndose locamente y dándose contra las paredes golpes muy espantosos en la ceguera natural de su fuga imposible, limitada por la incontrastable resistencia de los espesos y ciclópeos pedruscos. Mas, adonde quiera que fuese, la iban siguiendo sus horribles compañeros de dolor, que arremetían contra ella y la asaltaban como indisciplinado ejército á formidable fortaleza. La pobre repelia todos aquellos salteadores inmundos; pero ellos le contestaban con mordiscos tan furiosos, que abrían heridas en sus carnes y manchaban el agua de sangre. No puede la imaginación alcanzar, ni la palabra decir, cuánto padeció la infeliz en los instantes supremos de verse asaltada por aquellos bichos inmundos, que la herían de muerte con sus mordeduras y la torturaban de horror con su contacto. Y el agua iba de continuo alzándose, y á medida que se alzaba el agua, los sucios animales se agarraban á su cuerpo, cubriéndolo cual cubren las moscas en el

otoño un racimo dulce y mostoso. La terrible angustia era tanta, que se hubiera dejado Catalina morir de asco, de repugnancia, de miedo, de dolor; pero se sobreponía el instinto de la vida y el deseo de tornar á ver al hombre, á quien tanto había la infeliz amado en este mundo; y como si pudieran oirla, cuando el agua en su crecimiento amenazaba con ahogarla, cuando las ratas en su furor arremetian con ella y la torturaban á gritos estridentes y arañazos crueles y mordiscos profundos, decia: «padre, padre, Santiago, Santiago mío.» Y el agua, sorda, como la naturaleza implacable, á sus clamores, iba subiendo y subiendo sin detenerse un punto, de igual manera que las ratas iban apoderándose de su cuerpo y defendiéndose todas en él contra la inundación espantosa que las anegaba. Ya no podia Catalina más de horror, de pena, de crueles dolores. Cada mordisco le atenaceaba el cuerpo, como si los dientes y las quijadas de los animalejos fueran tenazas enrojecidas en una fragua y estuviesen ardiendo y quemando. Su cuerpo todo, el rostro especialmente, se convirtió en una inmensa llaga. El deseo de vivir, hasta entre aquellas angustias y sobre aque potro de tormentos, en tal manera domi-

naba su ánimo, que á cualquier refugio se acogiera y á cualquier asidero se agarrara de grado para salvarse. Y en la oscuridad vió una especie de hueco dentro de la pared, á donde no llegaban todavía las aguas, y con esfuerzos violentos arribó hasta él y se acurrucó en su oscuro seno como los muertos en sus lóbregos nichos. Mas, ¡horror! cual si cada piedra de la cárcel estuviese como animada y viva, despedía hormigueros de ratas, las cuales subían á una en manadas y en tropel hasta el sitio donde yacía Catalina, y se lanzaban sobre su cuerpo con tal furia, que bien pronto iba todo él á ser pasto y alimento de su insaciable voracidad. En tal angustia la infeliz, huyendo de una clase de muerte más breve, se había encontrado con otra más horrorosa y cruel. No era de maravillar, pues, que las violencias hechas para defenderse la sepultaran con facilidad en las aguas de nuevo, las cuales ya tenían tanta altura sobre el nivel del suelo, que no había otro remedio sino perecer allí ahogada. En efecto, á los pocos minutos de caer en el seno de la inundación, la infeliz había muerto. Y casualmente la última voz salida de su pecho al ahogarse, y la postrera sacudida de su cuerpo al estremecerse para lan-

zar de sus senos el alma coincidieron ¡ay! con la horrible aparición de Santiago, quien creyó salvar á su amada como recompensa de su primer victoria, pues acababa de tomar el alto de caza, y sólo encontró un cadáver, que fué conducido por el impulso de las aguas mismas al pié de la escalera por donde bajaba, mas tan desfigurado, que sólo pudo reconocerlo por las vestiduras de boda, puesto que cara y manos y cuello, se lo habían comido las ratas. Entonces oyóse por todas partes, con estruendo superior al estruendo del trueno, esta terrible palabra: venganza, venganza, venganza.

CAPÍTULO XIII.

LA VENGANZA.

Al ver Santiago muerta, y muerta de aquel modo, á la hermosa joven, á quien había con todo su corazón amado; al sentir que la soberbia feudal se interpusiera bárbara y cruel en el justo y legítimo logro de un amor santo la noche misma de su alegre boda trocada en luctuoso entierro; al considerar el martirio de la infeliz, sus tremendos dolores físicos sumados á sus tremendos dolores morales; al contemplarla ¡él! que tantas veces la viera realmente entre las flores del campo y en sueños entre los ángeles del cielo, devorada por las ratas de los lugares inmundos; todos los instintos carniceros de su naturaleza bravia, se arremolinaron sobre su corazón, y sin arrancar ni una lágrima de sus ojos secos y áridos, sugiriéronle un rugido